MIRANDA MAYO

Tú sin frenos y yo con tantas curvas

mr

MIRANDA MAYO

TÚ SIN FRENOS
Y YO CON TANTAS CURVAS

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2016, Miranda Mayo
© 2016, Editorial Planeta, S. A.
Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4296-4
Depósito legal: B. 15.786-2016
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Cayfosa, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

CAPÍTULO 1

—No puedes hacerme esto... ¡No puedes! Tú y yo aún no hemos estado juntos el tiempo suficiente. ¿Cuántas veces han sido? ¿Cinco? ¿Seis? Ocho como mucho... Mira, igual te crees que sí, pero te aseguro que aún no conoces todas las posibilidades de mi cuerpo. Es cierto que ya no estoy como cuando empezamos con esto, pero te juro que perderé el Michelin que he ganado. Si llevo así toda la vida, cogiendo y soltando estos tres kilos de más. Vale, diez, pero eso a ti no debería importarte... ¡Cabronazo!

Es oficial, he perdido la cabeza. Estoy en mi apartamento sola y casi sin poder respirar después de haber logrado la proeza de entrar en unos pantalones de pitillo que se me han quedado pequeños. Sí, el discurso dramático se lo he soltado a unos vaqueros. Pero no son unos vaqueros cualquiera, no; estos son unos de Miss Sixty que me costaron una cantidad indecente de dinero. Los compré hace sólo tres meses y ahora se han puesto en plan «lo siento, pero estás demasiado gorda para mí». ¡Ja, que soy experta en entrar en un par de tallas menos! A estos les he ganado la batalla después de tumbarme en el suelo de la habitación, arquear la espalda como en clase de Pilates, apuntar con las piernas al techo y meter tripa. Incluso he logrado cerrar el botón, aunque lo de la cremallera ya es otra historia. Bueno, con un jersey de punto largo como el que llevo no se nota... El único problemilla es que ahora estoy em-

butida, literalmente. No puedo flexionar las rodillas ni mover el cuerpo de cintura para abajo, así que, aquí estoy, patas arriba, mirando la lámpara del techo. (Nota mental: limpiar el polvo del plafón, que el cristal parece tupido y no lo es).

Por mucho que les ruegue e insulte, no parece que se vayan a dar de sí los vaqueros de las narices, así que tendré que quitármelos. No lo entiendo, han tenido que encoger porque yo no he podido engordar tanto en estos meses en los que justo he estado a dieta, pero en serio. Y tiene muchísimo mérito porque ponerse a régimen justo cuando el cabrón de tu novio, un periodista especializado en rutas de viaje con el que llevabas saliendo dos años, te deja porque no está seguro de quererte es de récord Guinness en fuerza de voluntad. Pero yo lo he hecho, sí, señor. En todo este tiempo sólo he comido verduritas, cositas a la plancha, yogures con jarabe de agave e infusiones endulzadas con stevia. A ver, es cierto que hoy he tenido que probar las albóndigas de merluza que estoy preparando. Y también es verdad que ayer me tocó meter la cuchara en la bechamel de boletus. Sí, también probé la tarta de queso con mermelada casera de higos, y al final me tuve que comer la milhojas argentina con merengue y dulce de leche porque se cayó el pedido del restaurante que me la encargó y no estoy como para tirar nada. Pero, menos lo de la tarta, que reconozco que fue por glotonería, el resto de cosas que he picado este tiempo están más que justificadas. Ninguna cocinera que se precie serviría sus platos sin probarlos antes, ¿verdad? Sería arriesgado no hacerlo y más con los nuevos. Por ejemplo, hoy tendré que probar las alcachofas...

—¡Mierda, las alcachofas!

Las puse en una olla a fuego lento para darles un pequeño hervor antes de pasarlas por el rebozado, pero como no las saque ya, acabarán desfloradas. Consigo soltar el botón del pantalón dejándome parte de las yemas de los dedos en el ojal. Intento después quitarme el vaquero, pero lo tengo tan pegado a

las piernas como cuando envaso el jamón al vacío. ¡Tengo que retirar las alcachofas del fuego! Me han costado un dineral y no me da tiempo a cocinar otra cosa.

Me pongo a dar saltitos con el pecho en el suelo, como una foca en la orilla de la piscina del zoo que quiere llegar hasta el cuidador para que le dé un pescadito, hasta que consigo salir de la habitación. Sigo por el salón y logro alcanzar la estantería de Ikea en la que tengo la caja de costura que me regaló mi abuela hace años, harta de verme con sietes y botones sueltos sin coser (así siguen). Por suerte, la caja está en la repisa de abajo, así que saco las tijeras e intento romper el pantalón por la cintura. Ahora entiendo que fuera tan caro, que no hay manera de cortarlo, aunque a borrica no me gana nadie, así que insisto con la tijera hasta que consigo meterle un buen tajo. Un par de ellos más y por fin dejo de sentir gangrena en las piernas. Me arranco los pantalones y corro por la casa en bragas, sin pensar en que tengo todas las cortinas descorridas y vivo en un primero exterior, hasta llegar a las placas de la cocina. Tal y como pronostiqué, los cinco kilos de corazones de alcachofas que se cuecen distribuidos en dos ollas están empezando a deshojarse. Las retiro del fuego, les pego un refriego en agua fría y respiro aliviada al ver que tienen salvación. Con cerrar un poco los pétalos antes de rebozarlas en harina de garbanzos, listo. Después de hacerlo, compruebo el estado del resto de platos que estoy preparando: el relleno de legumbres para el seitán está en su punto, igual que las albóndigas de pescado. Tengo siete ollas en marcha, nueve sartenes y el horno encendido. Bueno, eso en la cocina, porque en el salón tengo una especie de cocina supletoria con otros cuatro fuegos al ocho. También tengo un par de microondas allí, que en la cocina ya no me cabían, la nevera baja y la Thermomix. Vamos, que en el único sitio de mi apartamento en el que no te encuentras un utensilio de cocina es en el baño. Bueno, en una ocasión utilicé el fundidor de cera para hacer dim sum al va-

por, pero fue por una apuesta con Nuria y Elena, mis mejores amigas desde el colegio, una noche en la que bebimos más chupitos de Jäger de los permitidos por ley.

El caso es que mi casa es mi cocina porque mi cocina es mi empresa. Bueno, pequeña empresa. Tengo un servicio de cátering a domicilio, platos tradicionales y sencillos como los que me enseñó a cocinar mi abuela, pero con el punto de juventud y frescura que me dan mis treinta años.

Vale, mis treinta y tres años.

Aliño los platos con salsa de naranjas chinas con castañas, sal negra del Himalaya, semillas de cardamomo u hojas de cilantro y menta que cultivo en el balcón. Así, las recetas de siempre cobran un sabor especial. Es como con la ropa, que no hay nada que siente mejor que un pantalón y una camiseta negra, aunque tienes que adornarlos con un cinturón y unos tacones para que no queden sosos. Así son mis platos, clásicos, pero nada sosos. Bueno, eso dicen mis clientes, que no son muchos, pero sí fieles. Hago repartos por todo Madrid, en bicicleta. Antes me movía en coche, pero me retiraron el carné después de aquel accidente contra la terraza de un Starbucks en la calle Fuencarral en el que el Mini acabó siniestro total... Bueno, es una larga historia, pero lo importante es que nadie salió herido y, como le dije al juez, Marina es inocente de todos los cargos. A pesar de todos los problemas y de que estoy prácticamente arruinada, también estoy encantada con lo de haber montado mi propio negocio. Justo hoy, 15 de marzo, tomé la decisión de dejar de aguantar gritos de chefs engreídos en las cocinas de los restaurantes pijos en los que trabajaba. Además que, en esos sitios, más que cocinar, me pasaba el tiempo preparando espumas de cosas que, si la naturaleza hizo sólidas, como el salmón, por algo será, digo yo. Ahora yo soy mi propia jefa y me grito a mí misma, claro que sí. Da igual que lleve todo un año sin vacaciones, sin ir de compras (a excepción del maldito vaquero de Miss Sixty) y bebiendo cerveza en lugar

de cócteles cuando salgo por la noche, algo que suelo hacer uno de cada diez fines de semana, porque la mayoría de ellos me toca preparar cátering para eventos. Pero que estoy muy feliz, ¿eh? Y lo de Eugenio lo tengo totalmente superado. La prueba es que son las doce y media pasadas y aún no he entrado en su Facebook para ver si ha publicado algo nuevo desde ayer, a las once menos veinte, cuando compartió el artículo de su último viaje recorriendo Kenia.

Me olvido de mi ex y me centro en que aún tengo pendiente preparar el postre: compota de manzana con azúcar de vainilla. Mientras pelo y corto las frutas, voy preparando el almíbar en la cazuela en la que mi abuela siempre cocinaba este postre. Su juego de sartenes y ollas, con dibujos de flores, decoloradas por el paso del tiempo, es la mejor herencia que pude recibir de ella cuando murió, también hace ahora un año. Eso sí que aún no lo he superado, porque a mí me crio mi abuela. Mi madre murió después de dar a luz a mi hermana Silvia, y mi padre siempre ha estado ahí, pobre, pero sin mi abuela a saber dónde estaríamos los tres ahora.

Dejo que la compota se vaya haciendo a fuego lento mientras voy al armario para terminar de vestirme, que no es plan de seguir paseándome en bragas por delante de la ventana. Al rebuscar entre la ropa que tengo tirada veo la punta de una caja convenientemente sepultada al fondo. Sé que no debería, pero nunca he tenido mucha fuerza de voluntad, así que tardo sólo unos segundos en sacarla y ponerla sobre la cama. Antes de abrirla, cierro los ojos un segundo, pensándolo en serio, porque aquí dentro está mi ruptura con Eugenio. Pero son las doce y cuarenta y cinco y sigo sin entrar en su Facebook... Está superado, puedo hacerlo. Levanto la tapa y no siento nada al ver esas fotos en las que salgo con él acompañándole en sus viajes y que rompí en trocitos chiquititos, ni el muñeco que tejí tipo vudú con todos esos alfileres clavados. Tampoco cuando me encuentro con el DVD de *Memorias de África,* mi película

favorita, que veo en bucle cada vez que me entra el bajón. Cuando me enteré de que Eugenio ya no sabía si me quería, la vi nueve veces seguidas en un mismo día. Mis amigas, que llaman a aquellos días mi «Africatatonia», me obligaron a tirar el DVD, pero yo decidí ser más práctica y guardarlo, que no estoy para gastos y sabía que algún día superaría lo de Eugenio. Tampoco tiré el cinturón de electroestimulación con el que puedes adelgazar incluso tres kilos en una hora mientras él solito hace ejercicio por ti. Eso era lo que decía el anuncio en Amazon por el que lo compré después de que la ruptura con mi novio pusiera en ebullición todos mis complejos. Les prometí a mis amigas que también iba a tirarlo, pero, vaya, se me debió de colar en la caja sin querer.

Lo importante es que ya no quiero adelgazar para gustarle de nuevo al capullo de mi ex (él decía que no era ese el problema, claro); ahora quiero hacerlo porque mi bolsillo no me permite renovar todo mi armario por una talla más. Decidido, hoy voy a perder tres kilitos. Tiene las pilas puestas, así que me coloco esta especie de faja con electrodos, le doy al on y empiezo a notar las contracciones en mis músculos abdominales. Pero esto es una maravilla... ¡Si no sabía que yo tenía abdominales! Y el cinturón los está trabajando duro, que lo noto. Con esto adelgazo, seguro, y no como con la elíptica, que me ocupa medio salón y de lo único que sirve es de tendedero...

Vuelvo a la cocina para darles el último fuego a los platos y empiezo a preparar los pedidos del primer turno. Cuando termino de envasarlos, estoy oficialmente cabreada con mi hermana Silvia porque aún no ha llegado. Ha superado su propio récord de retraso, una hora y diez minutos, aunque en lo de llegar tarde es en lo único en que se comporta como alguien de su edad. Para todo lo demás, ella parece la hermana mayor y yo la adolescente de la familia. Le envío un whatsapp: «Como no estés aquí en menos de cinco minutos, le cuento a papá que te has hecho otro tatuaje». Después de enviar la

amenaza, echo un vistazo rápido a los doscientos dieciséis mensajes pendientes que tengo del grupo de mis amigas: Las Gallinitas. Así nos llamaban a Elena, a Nuria y a mí en el instituto los profesores porque nos pasábamos el rato hablando. Los mensajes se han acumulado en menos de diez minutos, aunque van de lo de siempre. Elena ha conocido a un nuevo chico que parece perfecto: abogado, cuerpo de gimnasio e inteligencia suficiente como para no enviarle un test de compatibilidad por email antes de su primera cita. Eso fue lo que hizo el último pretendiente que Elena conoció en Tinder, que resultó que en realidad era detective privado... Bueno, es una larga historia. El caso es que Nuria ha encontrado una tacha en el expediente de Brais, que es como se llama el nuevo donjuán, después de hacerle un buen stalkeo por las redes sociales: una foto en la que está etiquetado en Facebook de una despedida de soltero en la que se le ve besando a una muñeca hinchable. Para Nuria eso ya le convierte en un heteruzo, que es como llama ella a los hombres que el domingo ven el fútbol y les gustan las películas de Michael Bay, el de *Transformers.* Vaya, leo en otro mensaje que esas son justo dos de las cosas que Nuria ha descubierto que a Brais le gustan en su Facebook. Ella vela por nuestra seguridad frente a los heteruzos del mundo (hacia los que Elena tiene una tendencia innata, todo sea dicho) y aspira a que nosotras, las solteras del grupo, encontremos un hombre como Pablo, con el que Nuria sale desde hace años, y que es un amor, pero también un poco calzonazos, la verdad. Total, que durante más de doscientos mensajes Nuria ha intentado advertir a Elena de la debacle que se le puede venir encima si sale con Brais y ella ha terminado por echarle en cara que nunca se alegra de nada bueno de lo que le pasa. En unos doscientos mensajes más se les pasará el enfado y volverán a ser las mejores amigas del mundo. Siempre es así, así que decido no meterme en medio enviando unos cuantos emoticonos seguidos de esos con los dientes

apretados que siempre sirven como comodín porque nadie sabe lo que quieren decir en realidad.

Retomo la preparación de los repartos envolviendo cada uno de los pedidos en mantelitos de cuadros blancos y rojos, como los de picnic, con el nombre de mi empresa serigrafiado: La Cocina de Marina. Lo sé, no es muy original, pero rima.

—¿Qué se me está quemando? —Alargo la punta de la nariz.

Me llega un olor como a pelo de pollo quemado, pero estoy casi segura de que he bajado todos los fuegos hasta el mínimo para mantenerlos calientes hasta el reparto. Compruebo las ollas, las sartenes y los hornos, pero no parece que se esté quemando nada. El caso es que hasta empiezo a notar que hay humo a mi alrededor. ¿De dónde saldrá?

—Socorro... ¡Socorro!

¡Se me está quemando el culo! Mi cinturón de ejercicio suelta humo desde la parte de la espalda en la que está el mecanismo que se ha cortocircuitado. Grito mientras trato de arrancármelo, pero la faja está ardiendo y no puedo ni tocarla. ¡Dios mío, voy a morir por culpa de un cinturón de adelgazamiento! Al fin escucho las llaves girando en la cerradura. Es Silvia.

—¡Hola, Mari! Siento el retraso, pero anoche conocí a un chico increíble en una fiesta y... Oye, se te está quemando algún plato.

—¡Apágalo, apágalo!

Silvia tarda unos segundos en reaccionar hasta que coge una de las jarras de limonada natural que tengo preparadas para los repartos y me la tira contra la espalda como si fuera un cubo de agua sucia.

—¿Se me ha quemado el culo? —le pregunto, aterrada, mientras me arranco el puñetero cinturón.

Mi hermana lo comprueba, alucinada al no descubrir más que mis bragas un poco ennegrecidas.

—Nada, no las ha traspasado... ¿Llevas bragas de hierro?

—Son de algodón. Alguna ventaja tenían que tener.

—¿Se puede saber qué hacías con ese aparato de tortura puesto que supuestamente estaba en la basura desde hace meses? —me interroga mi hermana como si fuera ella la mayor de la familia.

—Es que me lo he encontrado tirado por el armario y lo estaba probando para ver si lo puedo vender en Wallapop.

Miento fatal, sí.

—Marina, te he dicho millones de veces que tú no necesitas adelgazar. Es tu constitución.

En eso tiene razón. A ella le tocó el pelo rubio liso y el cuerpo de estrella de cine de mi madre. A mí me tocaron los rizos castaños de mi padre, que es uno de esos empresarios con tripa que se sujeta los pantalones con tirantes. Eso sí, a las dos nos salen hoyuelos cuando sonreímos.

—Además, que tu tipo de cuerpo es tendencia. Eres una...

—Como vuelvas a decir lo de que soy una gordibuena te coloco el cinturón este en el cuello.

Mi hermana está pesadísima con lo de que mi cuerpo es algo así como el revival de las *Gracias* de Rubens que las redes sociales reivindican con fuerza.

—Pues a las gordibuenas no les caben los vaqueros de Miss Sixty de una temporada a otra —le digo señalándole el cubo de la basura abierto en el que se ve lo que queda del pantalón.

—Tranquila, que los pantalones de Miss Sixty no se llevan desde hace cuatro temporadas.

¿En serio? (Nota mental: seguir a más blogueras en Instagram). El reloj de pared de la cocina marca la una de la tarde y tengo que empezar ya con los repartos. Coloco los pedidos en el cajón y las alforjas que llevo a los lados de la bici, lo que hace que se parezca más a un burro que va al portal de Belén que a un medio de transporte mecánico, mientras le explico a Silvia todo lo que tiene que hacer.

—Saca el seitán del horno cuando salte la alarma, que hay tres encargos de menú vegano para el segundo turno. Y pé-

gale un fuego fuerte a la compota cuando se enfríe hasta que...

—Hasta que haga chup chup —me corta, cantarina—. Tranquila, lo tengo controlado.

En realidad, no lo tiene muy controlado. Se le suelen quemar las salsas y tiene esa capacidad tan inglesa de conseguir que las patatas al horno se le tuesten por fuera aunque le queden crudas por dentro, pero mi hermana le pone intención y eso es lo que cuenta. Bueno, eso y que no saco lo suficiente con el negocio como para pagar a alguien que no sea de mi familia. Además, a Silvia le viene bien el dinero, que está estudiando un máster en Márketing y no quiere que papá le siga dando la paga a los veintiséis años. Antes, Silvia se encargaba de los repartos, pero a los del segundo turno, el que se recibe entre las dos y media y las tres y media, les llegaba la comida a la hora de la merienda porque mi hermanita se dedicaba a tontear en cada parada. Así que ahora soy yo la que pedalea por Madrid, rollo Nicole Kidman en *Los bicivoladores.*

—En una hora estoy aquí para recoger el segundo turno. ¡Te voy avisando si me llegan nuevos pedidos!

Le hablo a voces mientras voy al armario por tercera vez en busca de un pantalón. Me decido por unos vaqueros elásticos, me calzo unas deportivas y listo.

—Y, por cierto, has llegado tardísimo. Nunca más, ¿eh?

—Manda narices la nueva Erasmus a la que le he alquilado la habitación —dice Silvia entre dientes—. Es que te tengo que contar a quién conocí anoche. ¡Es youtuber! ¡Vas a flipar!

Con lo que flipo es con esto del fenómeno de los youtubers. Lo he discutido cientos de veces con mi hermana, que tiene amigas con canal, y no entiendo la fascinación. La mayoría de esos chicos y chicas que le cuentan a la webcam su vida me parecen un muermo. O igual yo estoy mayor para YouTube, que ahí hablando de los problemas de ser emprendedora a los

treinta y algo o de que te deje tu novio con el que ibas a tener hijos como que no salen muchas.

No llego a escuchar la historia de la conquista de mi hermana, que ya voy tardísimo y sólo tengo tiempo para agarrar la bici y lanzarme a la calle. Arranco con fuerza y la mantengo por las primeras calles del barrio en el que vivo, Malasaña, pero cuando voy por el quinto pedido, un coworking que está cerca de Tirso de Molina, ya estoy literalmente ahogada. Si es que esta ciudad está llena de cuestas, que por mucho que nos empeñemos en ser modernos que van a todas partes en bicicleta, esto no es Barcelona y aquí estamos todos con ataques de ciática cada dos por tres.

Cuando vuelvo a casa a por los pedidos del segundo turno, después de haber hecho repartos por Huertas, Antón Martín y Atocha, lo hago agotada y soñando con volver a tener un coche. Claro, que antes tendrían que devolverme el carné y creo que tengo que volver a examinarme para recuperar los puntos que fui perdiendo. Todo empezó por culpa de un taxista al que se le ocurrió cruzar la calle justo cuando yo pasaba con mi coche el semáforo en ámbar, y no en rojo como él dijo. Tampoco fue culpa mía cuando atropellé a aquella señora que paseaba por la calle con su perrito salchicha. Me da igual que fuera un paso de peatones, esa bruja estaba más pendiente del perro que de mirar si venía algún coche. Además, que no le pasó casi nada. Y lo de cuando perdí el control del Mini y acabé arrollando la terraza del Starbucks de la calle Fuencarral fue culpa de la administración, que la acera de esa calle no está bien delimitada. Le pasó lo mismo a Tamara Falcó, pero a ella no le quitaron el carné. Es increíble lo injusto que es el mundo del volante con las que tenemos unos kilos de más. ¡Si no conseguí sacarme el carné de conducir hasta la octava! Y fue porque por fin tuve una examinadora y no un examinador machista.

Los repartos del segundo turno los hago en el norte de la almendra central de Madrid: un local en Chamberí, un par de

particulares en Cuatro Caminos, una pareja de ancianos encantadores en Nuevos Ministerios a los que les llevaría la comida gratis, un despacho de abogados en la plaza de Castilla y, el último de todos, las oficinas de un banco en las Cuatro Torres. Es para otro habitual, Álex, un economista de treinta y tantos largos al que doy de comer casi a diario desde que empecé con el negocio. Álex es el hijo de un amigo de mi padre y de vez en cuando juegan juntos al pádel cuando viene de visita a Madrid, que, desde que se jubiló, mi padre está instalado en Santander. Fue él quien le recomendó que probara mis platos y, desde entonces, es mi cliente más fiel; me encarga comida incluso los fines de semana para que se la lleve a casa. También es el hombre soltero y con futuro que mi padre intenta colocarme en cada conversación telefónica, en las que me suelta indirectas de que ya va siendo hora de que me eche otro novio.

—Qué buena pinta tiene todo —me dice con su habitual sonrisa Álex mientras recoge el pedido, en la recepción.

—Te he traído doble ración de compota de manzana. Invita la casa —le contesto mientras recupero el aire después de haber subido toda la Castellana.

Después de dos horas pedaleando por todo Madrid, llegar hasta estas torres de cristal es como subir el Everest.

—Tú aún no habrás ni comido... ¿Quieres que la compartamos? —me propone mientras le cobro el pedido.

—No, gracias. Además, si es que sigo a dieta...

—¿En serio? Pero si no te hace falta.

Estoy empapada en sudor y se me empezaron a salir mechones de la coleta cuando iba por el Bernabéu. Elena y Nuria tienen razón, a este tío le gusto bastante, pero yo sólo le respondo con una sonrisa incómoda. Después de lo de Eugenio, yo no estoy para novios. Si acaso para un rollo, que eso mis amigas no paran de decirme que me vendría genial. Álex parece un buen candidato porque me cae bien y, en realidad, no es

feo, aunque sus gafas y sus camisas me recuerdan a las de mi padre. Pero es un chico muy agradable y siempre tiene un cumplido en la boca, pero, no sé...

Bueno, sí lo sé. Lo que le pasa a Álex es que tiene cero rollo y eso es justo lo que hace falta para querer tener sólo un rollo con alguien. Y me siento fatal por ser tan superficial y una inmadura, pero la realidad es que a mí me gustan siempre esos tíos con espíritu aventurero, estilo Robert Redford en *Memorias de África.* Bueno, en realidad prefiero que no cacen animales, pero sí que tengan un punto interesante, misterioso y, jamás reconoceré esto delante de Nuria, pero me pone que sean chulos. Estas condiciones para una chica entrada en carnes son una especie de sentencia de cuernos, o de pagafantismo femenino, que también se da. Pero precisamente porque sé lo que es ser la amiga simpática y sin rollo del chico atractivo que se pasa los días esperando a que se dé cuenta de que ella merece la pena mucho más que la capitana de las animadoras, intento evitar llevar a Álex hasta la *friendzone,* rechazando todos los planes que me ofrece que no sean entrega y cobro de comida.

—No puedo quedarme, tengo que volver ya. Ahora que voy en bici se me echa el tiempo encima enseguida.

—¿Pero qué ha pasado con el coche con el que venías antes, el Mini rojo?

—Huy, está en el taller con una avería gordísima. Ya me han dicho que va para largo. Meses, que tienen que traer piezas de fuera y todo. Por cierto, no se lo cuentes a mi padre, que no quiero darle un disgusto y él está de relax en la playita...

—Tranquila... Qué faena. Puedo dejarte el mío hasta que te lo devuelvan. Entre semana no lo uso y está parado en el garaje de casa.

—¡Si estoy encantada con la bicicleta! No contamina y es moderno. Mira Carmena...

—Bueno, si cambias de opinión, tienes mi número —me dice.

—¡Gracias! —me despido mientras voy hacia la salida, sonriente porque ahora llega lo bueno.

Y lo bueno es bajar el paseo de la Castellana en bici, sin tener que pedalear, sólo dejándome llevar por la pendiente. Una vez más, lo he conseguido. Este es mi momento favorito del día, con el viento pegándome en la cara mientras recorro el paseo. Cierro los ojos un segundo y es como si fuera Meryl Streep volando en la avioneta de *Memorias de África*. Cuando los abro, me estampo contra un coche.